

Al anochecer empezé las instrucciones de los catecúmenos continuándolas hasta muy avanzada la noche.

El día siguiente, bauticé a cuatro adultos y celebré la misa al aire libre. No sé como podré celebrar la misa en Salioc durante el tiempo de lluvias. Aquí como en otras estaciones, quisiera ó edificar una capilla ó agrandecer las existentes: el número de cristianos aumenta en cada una; pero si lo hago, me veré obligado a despachar algunos catequistas, y esto no puede ser. Podemos continuar la evangelización de los pobres paganos, aunque en una casucha, podemos vivir comiendo menos que lo necesario, pero, sin la cooperación de nuestros hermanos cristianos sustentando catequistas, no podemos salvar a todas estas almas también dispuestas para seguir a Cristo.

Que Dios se lo pague a los bue-

nos cristianos de Pampanga que tantos sacrificios hacen para ayudarme aquí en la viña del Señor, la misión de Barlig, ó la nueva Pampanga.

Rev. Marcelo Ghysebrechts
Misionero, Barlig.

NOTA. Llamamos la misión de Barlig "la Nueva Pampanga," porque varias personas generosas de la Provincia de Pampanga ayudaron a fundar esta nueva misión. Han costado la capilla, un monumento perenne de su fe y una oración perpetua obligando al Señor a bendecirlos con sus familias. Y su ayuda pecuniaria no cesará con esta casa del Señor edificada: las mismas personas se proponen contribuir para más y más catequistas. Las esperanzas de Barlig pagano están fundadas en Pampanga la católica; el porvenir cristiano de la Pampanga nueva depende de la Pampanga antigua.



La Saga de Pumbachayon

Continuación.

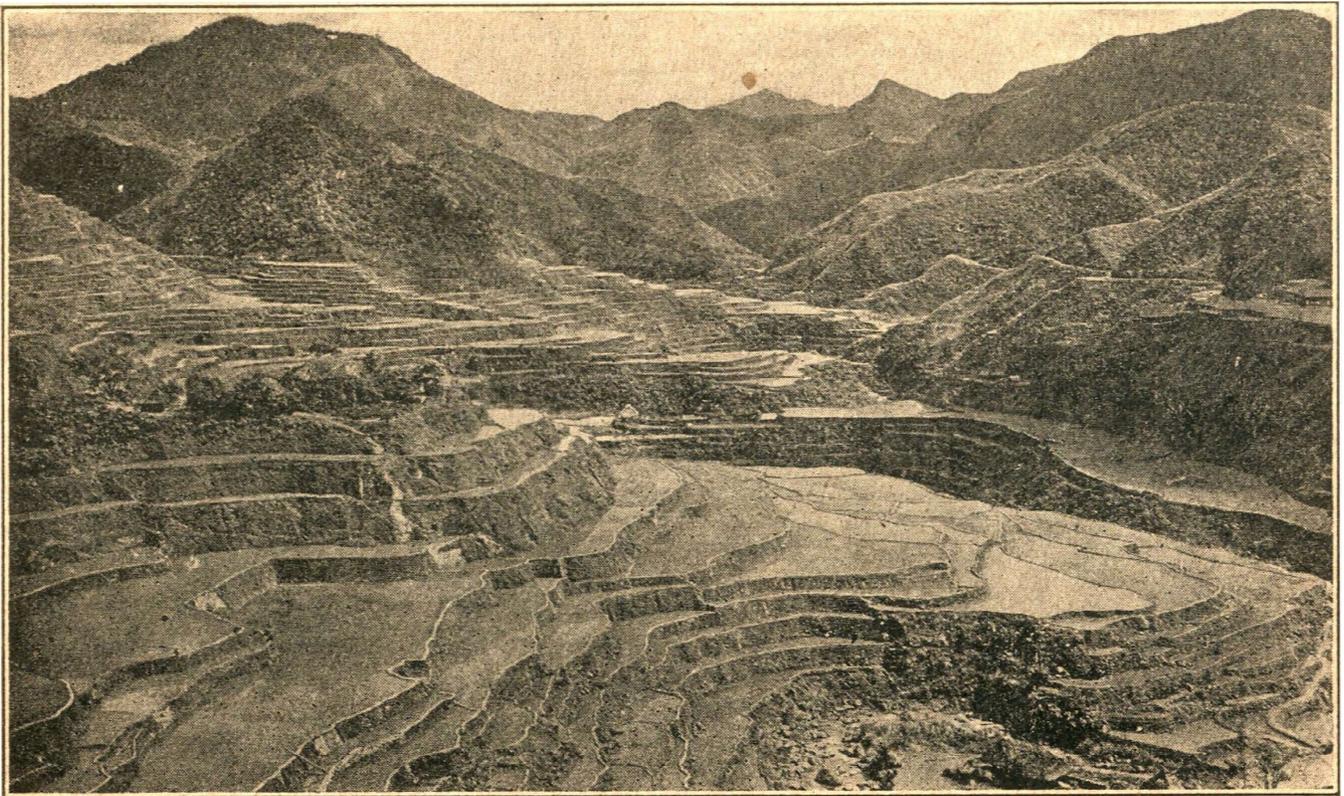
—“El palay no importa a mí”, contesta Aliguyun, “yo marcharé sobre tu palay, lo aplastaré con mis pies y cuando tus arrozales se quedaren llenos de malas hierbas y brozas, entonces volveré a casa!”

—“Si es así, sigue”, grita Pum-

bachayon, “o ¿acaso crees tu que no tenemos bastante palay de sobra de la otra cosecha?”

Aliguyun no quita el ojo a Pumbachayon y vé cómo los grandes dedos de sus pies están dirigidos afuera, terriblemente afuera.

—“Hm, hm,” así piensa “que



Arrozales de Ifugaos

hombre vigoroso aquel Pumbachayon: sus grandes dedos de ambos pies dirigidos afuera le hacen un héroe: sin duda es diestro, y acaso más que yo.”

Aliguyun con su escudo aplasta el palay y entra en los arrozales. Lo mismo hace Pumbachayon. Aliguyun coge su lanza en la otra mano y la tira contra Pumbachayon; Pumbachayon arrebatándola coge el arma arrojadiza. Aliguyun le mira con ojos asombrosos, pero Pumbachayon ya está tirando la misma lanza contra Aliguyun, quien a su vez arrebatándola la coge con la mano. Pumbachayon al ver esta destreza, se queda tan pasmado que su contrincante y dice:

—“!Que destreza! !Que hom-

bre tan fuerte Aliguyun, hijo de Amtálao!”

Ahora todos los guerreros están luchando, las lanzas vuelan, la animación esta en su apogeo. Más allá las muchachas del pueblo de Pumbachayon que están mirando, excitan a los guerreros y gritan:

—“Hallo! Hallo! Pumbachayon, tira tu lanza a través del pecho de Aliguyun y trae su cabeza a casa para que en frente de nuestras casas se refresque con el viento (7).

Pumbachayon vuelve aprisa la cabeza y grita:

7. Se refiere a la costumbre de suspender las cabezas cortadas en frente de la casa, porque estos trofeos son señales de la bizzaría del dueño de la casa ó de sus antepasados.



Casa de Ifugaos

—“¡Que farsa! muchachas, ¡Aliguyun es tan diestro como yo!”

Y Indangunay, la esposa del viejo Pangayoan, también quiere ver el combate; toma su manta, la pone a sus espaldas sobre las cuales ya tiene puesto su hija menor, una niña aún de pechos, y por delante ata las extremidades de la manta. Toma un puñal, y cargando el bebé en las espaldas, baja de casa y corre hasta los límites del pueblo. Allá en los arrozales Pumbachayon y Aliguyun están combatiendo, ambos igualmente fuertes y diestros. Indangunay indica con el puñal a Aliguyun y Pumbachayon y grita:

—“Eh, vosotros varones, ¿por qué tantas fatigas? Vosotros dos sois igualmente fuertes, ¡ninguno

puede vencer!”

Aliguyun levanta la cabeza, mira un momento y vé á Indangunay. Cesa un ratito el combate y grita a Pumbachayon:

—“¿Quién es esta? Quien es esa que grita allá desde las alturas del pueblo?”

—“¿Quién es?” replica Pumbachayon, “Pues esta es mi madre, la esposa de Pangayoan.”

—“Pero ¿a quien está cargando en las espaldas?”

—“Pues esta niña es Bugan, mi hermana menor.”

Y Aliguyun se dice: “Es como mi madre Indumlao.”

Indangunay grita a Aliguyun:

—“Tu Aliguyun, vete a las alturas de nuestros graneros, Pumbachayon vendrá conmigo para

comer.”

Entonces Aliguyun se dirige a los graneros y Pumbachayon a su casa.

Al llegar a su casa deponen su lanza y escudo y cómen. También Aliguyun come debajo los graneros. Ambos, una vez satisfechos, toman sus talegas costales y mastican betel. Después de poco, Aliguyun se levanta y desde un ángulo de un granero grita:

—“¡Hola! ¡Pumbachayon!, ¿donde estas? ¡Amigo Pumbachayon, vienes ó no?”

Enseguida Pumbachayon coge su lanza y escudo, corre al lado de las casas y baja hasta los arrozales. Los dos se encuentran en el campo y otra vez empiezan a tirar sus lanzas.

Sucede que Aliguyun domina a su contrincante y rechaza a Pumbachayon hasta las alturas del pueblo. Pumbachayon retrocediendo de espaldas, escala las laderas, pero siempre agarra su lanza cerca de la hoja y dando continuamente puñaladas, el ástic toca los cestos polleros de las casas. Pero Pumbachayon cierra los dientes y grita:

—“¡Hola! ¡hola! Aliguyun, no hay victoria para ti. ¡Hola! Salagui Aliguyun.”

Y efectivamente rechaza su adversario hasta los arrozales. Otra vez las lanzas vuelan, los gritos redoblan y también sucede que Aliguyun retrocede bajando de espaldas: agarra su lanza cerca de la hoja, no cesa de dar puñaladas

y el áspic de su lanza aplasta las altas hierbas de la rivera del río. Pero Aliguyun se muerde los dientes y rechaza a Pumbachayon hasta las sementeras.

De nuevo las lanzas vuelan, los gritos redoblan hasta el anochecer; y cuando ya está oscuro, Aliguyun se dirige a las alturas de los graneros y Pumbachayon vuelve a su casa. Ambos comen y duermen.

Al día siguiente la lucha se reanuda desde la madrugada y así se prosigue el combate durante un mes y medio. Ni Pumbachayon, ni Aliguyun puede cantar victoria. Entonces Aliguyun mira los arrozales, todo el palay ya se queda aplastado, las malas hierbas y las brozas han crecido muy alto y por eso grita:

—“Ya me voy a casa ahora, Vuelvo a casa con la enemistad en mi corazón.”

—“Está bien”, contesta Pumbachayon, “¿vendré yo a Hananga para decidir el combate?”

Aliguyun asiente con la cabeza y llamando a sus compañeros, les dice:

—“¡Venid, compañeros, volvamos a casa!”

Pues Aliguyun y sus compañeros se marchan, bajan al río, lo badean y desaparecen. Al anochecer llegan a sus casas en Hananga y deponen sus lanzas y escudos.

Indumlao, la madre de Aliguyun pone la comida para su hijo quien pregunta a su madre:

—“¿Que es eso, madre Indumlao; porqué no has cosechado nuestro palay? ¿Acaso menosprecias al heredero de tus arrozales? ¿Quieres abandonarme?”

Indumlao lo niega con repetidas gesticulaciones y contesta:

—“¡Vaya; vaya! Aliguyun, hijo, mio, que estas diciendo? Pumbachayon puede venir si quiere, puede aplastar nuestro palay, pero ¿piensas tú que no nos quedamos con bastante palay de la cosecha pasada?”

Entonces se acostan para dormir. Al cantar el gallo por la mañana siguiente, Aliguyun pronto se levanta y grita:

—“Eh, eh! compañeros! Eh, eh! compañeros! Levantados y id a los graneros, esparcid los anaqueles para el palay, porque vamos a coseñar!”

Ya se ponen en marcha, separan los anaqueles, les ponen en sus lugares y traen las carambas llenas de vino de arroz. Los mambunungs o sacerdotes empiezan las ceremonias del sacrificio para la cosecha. Otra vez Aliguyun grita:

—“Eh, eh! Vosotras muchachas! Muchachas de Hananga, id a los arrozales, id pronto a cosechar el palay, id pronto, id todas! Eh, eh, vosotros compañeros, venid, bajemos al rio para encontrar, a Pumbachayon.”

Los guerreros andan por los acirates de los arrozales y llegan al rio: allí encuentran a Pumbachayon y sus compañeros.

—“Que hay, Aliguyun!” grita Pumbachayon, “Oh, oh, vienes a nuestro encuentro! Oh, oh, tu palay esta todavía en los campos!”

Corre hacia Aliguyun, tira su lanza, rechaza a Aliguyun, hasta el rio, vuelve, corta flechas de cañuela, corre por las altas hierbas del rio, corre a los arrozales, tira sus flechas contra las muchachas que estan cosechando palay y todas se escapan aprisa a las alturas del pueblo. Ya no hay mas que cosechan. En eso, Pumbachayon coge los manojos cosechados, les tira lejos, corre hasta los graneros, tira flechas contra los sacerdotes y los viejos y también todos ellos se escapan y corren al pueblo llevando sus carambas.

—“Muy bien,” se dice Pumbachayon, “vamos a ver si Aliguyun comerá, arroz nuevo!” Después grita en alta voz:

—“Hallo, hallo! Aliguyun, ¿donde estas? Ya te estoy esperando en tus arrozales!”

Las lanzas vuelan, los gritos redoblan, grande es la animación de todos. Las muchachas en las alturas del pueblo gritan:

—“¡Hola! ¡hola! Aliguyun. Tira tu lanza a través del pecho de Pumbachayon y trae su cabeza a casa para que se refresque con el viento en frente de nuestras casas!”

Aliguyun pronto vuelve la cabeza y contesta:

—“Que farsa, muchachas! Pumbachayon es tan diestro como yo.”

Y Indumlao, la esposa del viejo

Amtálao, también quiere ver la batalla. Lleva cargada en las espaldas su hija menor y anda hasta los límites del pueblo. Allí Aliguyun y Pumbachayon están peleándose, los dos son fuertes y diestros. Indumlao les indica con su puñal y grita:

—“Eh ¡Vosotros varones! Porque esta excitación? Vosotros dos sois igualmente diestros. Nadie podrá ganar.”

Pumbachayon, al oír estas palabras, mira y ve a Indumlao: todavía parece una muchacha joven, y las piernas de su hija que lleva están balanceando graciosamente al lado de la madre.

—“Quién es esta? así pregunta a Aliguyun?”

—“Pues, mi madre Indumlao!”

—“Pero a quien lleva en las espaldas?”

—“Pues, esta es mi hermana menor, Aguinaya.”

Y Pumbachayon se dice: es como mi madre Indunganay.

Y cuando el sol ha llegado has-

ta las alturas del cielo, los guerreros se retiran para comer y por la tarde otra vez se pelean hasta al anochecer. Al día siguiente continúan la batalla y así se pasa durante un mes y medio. Entonces Pumbachayon dice a Aliguyun:

—“Tu palay está aplastado, hierbas y brozas han crecido muy alto; ya me voy a casa en Daligdigan.”

—“Estáib en”, contesta Aliguyun, “¿vendré yo a Daligdigan?”

Pumbachayon hace una señal afirmativa con la cabeza y juntamente con sus compañeros regresa, baja al río, lo vadea y desaparece.

Al día siguiente, Aliguyun y sus compañeros, llegan a los arrozales de Diligdigan y otra vez las lanzas vuelan, los gritos redoblan y así se pasa día tras día y nadie falta cogiendo la lanza tirada por su enemigo: nadie puede cantar victoria.

— ↔ —

El Reinado de Jesús Sacramentado Establecido Entre Los Infieles

*Discurso pronunciado por el Rev. PADRE C. BEURMS, misionero
en el Congreso Eucarístico de Vigan.*

Continuación.

Después de semanas de penoso trabajo, la primera fiesta religiosa, la bendición de la capilla se cele-

bra. Mientras anima las actividades, el misionero se encuentra con muchos paganos a quienes